BIBLIOTECA CENTRAL

Luis de Velasco, su sobrino, hijo del vissorrey Don Luis de Velasco, que de Dios aya, como á personas que habían de acudir á la voz del Rey, y que eran cabezas y emparentados en el Reino; porque era bien que entendiese el Rey, que hombres había en esta tierra, que estaban para defender sus haziendas, y habían de alzar por Rey al Marqués, como el *hombre que tenía más derecho á esta tierra que el Rey de Castilla*, y que luego el Marqués había de elegir duques, é condes, é marqueses, é repartir la tierra, porque hay harto en ella para todos, y ansí lo teníamos concertado entre ambos, é me detuve en México cuatro ó cinco días *para ponerlo por obra* (1)... »

Como puede observarse por el anterior relato de Alonso de Ávila, el acuerdo entre éste y Don Martín era perfecto; el plan estaba concertado entre los dos de antemano y pronto á ejecutarse, pero una de tantas vacilaciones de Don Martín hizo que se aplazase, y Alonso, disgustado, se había ido á Cuauhtitlán, en donde se hallaba, como hemos visto, cuando le fué llevada la carta por Pedro Aguilar, llamándole sus compañeros de nuevo á México para tratar el negocio de la rebelión.

(1) Proceso contra el Marqués del Valle, publicado por el Sr. Orozco y Berra en su tantas veces citada *Noticia Histórica de la Conjuración*. — Todos los pormenores que doy en este capítulo están tomados en su mayoría de la declaración de Pedro de Aguilar, págs. 193 y siguientes.

CAPÍTULO VII

UNA MASCARADA. — EL PLAN DE LA REBELIÓN

Alonso de Ávila Alvarado no vino desde luego, sino que entregó una carta contestación á Pedro de Aguilar, quien manifestó al primero tenía el encargo de los de México, de una vez entregada aquí su carta, ir á Pachuca, para llamar al P. Diego Maldonado, á Bartolomé Vázquez y á García Sánchez, clérigos; y entonces Alonso lo contestó que fuese á cumplir los encargos, á fin de que hubiese tiempo de « que el viernes de la semana siguiente, estando los oidores en acuerdo, » se efectuase el levantamiento.

Volvió Aguilar á México; entregó la carta de Ávila al Licenciado, juntos fueron á casa de Don Luis Cortés, quien platicando á solas con Espinosa, se mostró « mohino y enojado » de que no viniese inmediatamente Alonso de Ávila, y se convino que no fuesen llamados los clérigos hasta que regresase el dicho Alonso de su encomienda.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Pasados siete ú ocho días, un domingo por la noche entró Alonso de Ávila en la ciudad en compañía de veinticuatro ó treinta hombres á caballo, todos disfrazados con trajes de indios anteriores á la Conquista y con máscaras en los rostros, y corrieron y se regocijaron en la plaza del Marqués, frente á las casas de su morada, con más de diez ó doce arcabuceros, y concluídas las carreras y alardes, todos juntos entraron en las casas, donde el Marqués y sus hermanos Luis y Martín, abrazaron á Alonso de Ávila y diéronle la bienvenida. En la misma noche ofreció una cena Alonso de Ávila al Marqués, á su esposa y al Lic. Valderrama, siendo también convidados muchas señoras y caballeros Tanto los manjares como el servicio fueron al uso antiguo de los indios, pues los manjares preparáronse en los pueblos sujetos á las encomiendas de Ávila, y á pesar del servicio de plata que éste tenía en su casa, los platos y picheles, jarros y candeleros, tijeras y saleros, eran de barro de Cuauhtitlán, y antes de la cena, al apearse los caballeros de la máscara, fingiendo el recibimiento que años antes había hecho Motecuhzoma á Cortés y los suyos, el dicho Alonso obsequió al Marqués, á su esposa, al Lic. Valderrama y á las damas invitadas, olorosos *xóchiles*, con letras y cifras que daban á entender los propósitos ocultos de los conjurados, y puso en la cabeza de la Marquesa una corona de pluma, á modo de guirnalda, en medio de mucha música, y no faltó un truhán que gritase; « Marquesa, tómate esa corona ». En el *xòchitl* del Marqués, ostentábase un letrero que decía:

« No temas la caída, pues es para más subida, » los cuales letreros puso á las flores Pedro de Aguilar, de orden de Alonso de Ávila, en Santiago Tlatelolco.

Cuauhtitlán. La cruz erigida el 25 de agosto de 1555 en la que se ve el retrato de un encomendero y de un misionero.

Concluída la cena, la mascarada anduvo por todas las más calles de la ciudad, tocando música y cantando

romances alusivos á la proyectada rebelión; todos á caballo y con hachas encendidas en las manos, tirándose unos á otros *alcancías*, bolas de barro secas al sol y llenas de ceniza ó flores, las que se recibían amparándose con las adargas; y con la propia música, cantos y risas y mucho regocijo, fuéronse todos los caballeros de la mascarada á la casa de Alonso de Ávila, donde se sirvió otra cena para obsequiarlos.

Sea que estas alegres y bulliciosas fiestas hubiesen sido sólo con el fin de celebrar la llegada á México de la Marquesa, como dijeron los reos en sus descargos, ó que hubiesen tenido un fin preconcebido para sondear los ánimos y envalentonar á Don Martín, es lo cierto que, los suspicaces partidarios del dominio colonial, esa misma noche aseguraron al Lic. Valderrama y le denunciaron como á Visitador que era, que « á la sombra de mascarada y cena los encomenderos se alzaban contra el Rey », pero Valderrama dió tan poco ó ningún crédito á la denuncia, que en vez de guardar sigilo y tomar providencias convenientes, la comunicó con el Marqués, y éste con su característica conducta, fingió temores é hizo armar á sus hermanos y criados y él propio tomó también sus armas.

Dos días después de los regocijos hubo una importante junta en casa de los Ávilas. Encerrados en un aposento, previa orden de Alonso, se reunieron el Lic. Ayala de Espinosa, los hermanos Quesadas, Cristóbal de Oñate, el mozo; Gil González de Ávila y Pedro de Aguilar. Alonso comunicó á sus compañeros el plan de

ejecución para levantarse con la tierra, concertado entre él, Don Martín, sus hermanos y Diego Arias Sotelo, cuyo nombre aparece en esta ocasión por primera vez, así como los de otros conjurados.

La rebelión estallaría un Viernes, día de acuerdo entre los oidores y el Visitador, á quienes había de ir á matar en la Audiencia Don Luis Cortés con siete ú ocho compañeros, bien armados y en orden. Al mismo tiempo, Alonso de Ávila, Don Martín Cortés, el bastardo, ó Diego Arias Sotelo, al que cupiese en suerte, estaría junto con otros ocho ó siete compañeros á la puerta de la Sala de Armas de las Casas Reales, también muy en orden, armados y con hachas, para que al punto en que matasen á los oidores, descerrajasen las puertas y se apoderasen de las armas, artillería y municiones que allí había. Otro caballero, con otros siete ú ocho compañeros, se colocaría en la puerta del Real Acuerdo, á fin de evitar que si los oidores daban voces, nadie entrara á socorrerlos. Al mismo tiempo, otros caballeros con otras cuadrillas del mismo número de conjurados, irían á las diversas casas en que vivían los oficiales reales para matarlos y « habían de ser los que fuesen sus más amigos », lo mismo que á las moradas de Don Francisco y Don Luis de Velasco, con igual objeto.

Todas las cuadrillas de los conjurados recorrerían disimuladamente las calles de la ciudad, conversarían con las víctimas para entretenerlas, y las matanzas serían en el instante mismo en que sonasen dos campanadas en la torre de la Iglesia Mayor. El Lic. Ayala de

Espinosa tendría el encargo de esto, y para que supiese cuándo había de tocar, uno de los conjurados se situaría en la Puerta del Real Acuerdo, y en el momento de entrar los otros á matar á los oidores, haría una seña con una capa á otro que estaría situado junto á la pila del patio de Palacio, quien á su vez haría la misma seña al que estuviese en la puerta principal, y éste, con una capa colorada haría la última seña, para que el Licenciado desde la torre diese las dos sonoras, tremendas y fúnebres campanadas.

Muertos los oidores, el Visitador, los oficiales reales y los dos Velascos, sus cadáveres se arrojarían á la plaza pública para que todos los viesen. Se dispondría de la Real Hacienda, que estaba en caja de tres llaves, para repartirla entre los soldados. No se causaría daño á « mercader ni otra persona alguna, » pero en medio de la plaza quemaríanse en una gran hoguera todos los papeles de los archivos, « para que no quedase por escripto nombre del Rey de Castilla ». Entonces se levantaría por Rey y coronaría al Marqués, pregonando que le tocaba por justo título y con el fin de acabar con las tiranías del soberano español en México.

Conducido el nuevo Rey á palacio, Don Luis Cortés iría inmediatamente á Veracruz para apoderarse del puerto y echar á pique la flota que allí estuviese, para impedir que fuese noticia alguna á España. Don Martín Cortés, el bastardo, caminaría con gente competente para hacerse de las minas de Zacatecas y de paso matar á los oidores de Guadalajara, y Francisco Reynoso, también participante en la conjuración, tomaría á Puebla y su provincia.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Se convocarían Cortes en la ciudad de México, con objeto de que todas las ciudades, villas y pueblos del reino jurasen obediencia al nuevo soberano, y se procuraría que todos los prelados aprobasen la elección. El Deán Alonso Chico de Molina se embarcaría rumbo á Roma, bien provisto de regalos para obsequiar al Papa, á fin de que sancionase el hecho, y se procuraría establecer relaciones con el Rey de Francia, á quien se le enviaban regalos por el mismo conducto. El Lic. Ayala de Espinosa se embarcaría hacia San Lúcar, con el fin de proveerse de un navío cargado de vinos, é iría á Sevilla para recoger al hijo mayor del Marqués, que estaba allí estudiando y traérselo á Nueva España, en donde sería el príncipe heredero. Se daría licencia y entrada para que todas las naciones pudiesen comerciar libremente con México, porque con esto y no sacar de aquí el dinero que se enviaba cada año á la Península y haber en la tierra haciendas, minerales é industrias, no se necesitaría de España para cosa alguna.

En la misma reunión dió á entender Alonso de Ávila, que contaba ya con nuevos conjurados: Hernando de Bazán, sobrino del Alcaide Albornoz, Juan de Valdivieso y Antonio de Caravajal, y se convino que una vez aprobado el plan, todos lo firmarían.

Nuevas juntas se celebraron en la misma casa de los Ávilas, y en ellas se dió cuenta con las constantes vacilaciones del Marqués: ora negándose á firmar el plan y

dejando toda la responsabilidad á los conjurados; ora aplazando el negocio hasta que viniese nuevo Virrey, y si ejecutaba la cédula de las encomiendas, entonces sí matarlo y también á los oidores. El resfrío del Marqués se comunicaba á sus consortes; sólo Alonso de Ávila levantaba los ánimos, ya comunicándoles que tenía una « Memoria » en la que figuraban entre deudos y amigos hasta 120 conjurados, ya asegurándoles que si el Marqués continuaba en sus evasivas, le obligaría á encabezar la empresa poniéndole puñales en el pecho, y si no, asumiría él toda la responsabilidad, sería el jefe de la revuelta, « porque ya estaba determinado de morir, » y á sus oídos habían llegado noticias de que estaban denunciados (1).

La conspiración cada día conquistaba nuevos adeptos. El Marqués ocultamente había escrito á Guatemala invitando para el dicho alzamiento á muchos particulares y encomenderos, y tuvo cartas contestándole que cuando en esta tierra se efectuase, allá « harían lo mesmo y lo corresponderían con la obediencia y vasallage, » reconociéndole como Rey. Había consultado pareceres con letrados, especialmente con el Deán de la Catedral Don Alonso Chico de Molina y con Fr. Luis Cal, de la Orden de San Francisco, sobre si « esta tierra con más título y justicia pertenecía á su padre Don Hernando Cortés que no á la real majestad y rey Don Felipe, nuestro señor. »

(1) Véase la declaración de Pedro de Aguilar en el *Proceso en contra del Marqués del Valle*, págs. 197 á 206.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAPÍTULO VIII

NUEVOS PROYECTOS. FIESTAS REALES

El primero del año de 1566 enfermó y cayó en cama Alonso de Ávila, y esto, unido á la conducta vacilante del Marqués, entibió los ánimos, pero algunos meses después, sin duda por la ida á España del Visitador Valderrama, los conspiradores cobraron nuevas esperanzas, y Alonso de Ávila acopió gente, armas y caballos.

Parece que lo único en que habían variado era en los detalles de la ejecución del plan, pues ya no lo efectuarían *un viernes, día de acuerdo de los oidores* y con los otros detalles que se habían consignado antes, sino la víspera del día de San Hipólito, aprovechando la salida del paseo del Pendón que cada año acostumbraban sacar las autoridades con gran pompa y acompañamiento de caballeros y regidores. Al volver del paseo, dice Torquemada, en la esquina de la calle de Tacuba y Plaza del Marqués, donde había entonces una torrecilla que llamaban del Reloj, porque en ese tiempo allí estaba el del

Palacio, habíase de colocar un artificio secreto que se comunicaría con los costados de un Navío colocado en la Plaza dicha del Marqués; el cual Navío, á imitación del Paladión de Troya, estaría lleno de gente armada y de mucha artillería, y otra tanta y más en la torre, y de ésta había de salir Don Martín Cortés, el hijo del Conquistador y de Doña Marina, y con gran presteza y ligereza bajaría por el artificio fingiendo un combate en contra del Navío, y en los instantes en que el Pendón y su acompañamiento desfilasen por ahí, y cuando el Alférez Real pasase debajo del Navío, Don Martín arrebataría el Pendón Real al Alférez, que ese año era Alonso de Ávila, proclamaría al Rey nuevo de la tierra, y á los disparos de la Torre y del Navío, saldría de ellos toda la gente que estaba oculta y armada, para matar á los oidores y á todos los que no se rindiesen á la voz y proclama del nuevo Rey (1).

Los detalles habían variado, pero no el epílogo sangriento de las matanzas; cosa, en verdad, repugnante, pero á la que se acude casi siempre en toda revuelta, y más todavía en aquellos tiempos, en que los hijos de conquistadores y encomenderos habían heredado la crueldad característica de sus padres (2).

La conspiración encendióse más cuando se recibió carta de Diego Ferrer, ayo del Marqués y procurador nombrado por los encomenderos; carta en la que se

(1) *Monarquia Indiana*, lib. V, cap. XVIII, págs. 630 y 631.

(2) Recuérdese el plan de los conjurados en la Semana Santa de 1526 del que hablamos en el libro primero.

avisaba que el Consejo de Indias no consentía en que las encomiendas fuesen perpetuas. La cólera de los interesados subió á tal punto, que no se recataban ya en disimular su disgusto ni en murmurar públicamente y en todas partes. Los conjurados trabajaban fomentando esta irritación general, y el fogoso y temerario Alonso de Ávila llegó á asegurar, que él por su mano y en plena calle mataría con sus « pistoletes » á los oidores.

El mismo Marqués, de suyo tibio y pusilánime, demostró disgusto, y como para hacer ostentación de su poder y riqueza, resolvió bautizar á dos mellizos que le habían nacido de su esposa Doña Ana Ramírez de Arellano, con grande aparato y ostentación, celebrando fiestas dignas de un rey, que duraron de seis á ocho días.

Para el bautizo de los gemelos, que fueron un varón y una mujer, se hizo un pasadizo desde las casas de Don Martín hasta la puerta del Perdón de la primitiva Catedral situada hacia el Poniente. Medía el tablado cuatro varas de alto y seis de ancho, curiosamente aderezado con guirnaldas de flores, flámulas y estandartes con escudos. Fueron padrinos Don Luis de Castilla y Doña Juana de Sosa, su mujer, ambas personas de las más conocidas y principales, como hemos dicho, y de igual categoría eran los que llevaron los niños á la iglesia, Don Carlos de Zúñiga y Don Pedro de Luna; tocándole echar las aguas bautismales al Deán Chico de Molina, el 30 de Junio de 1566. Hubo en el tablado un á modo de torneo de á pie, entre doce caballeros armados de punta en blanco, que combatieron con mucho

ánimo y osadía; pues fingióse un combate en el que aparecía que dos de los caballeros armados defendían la entrada del tablado : los otros luchaban con los que traían á los infantes, y á medida que los vencían, los hacían prisioneros; hasta que llegó el compadre, peleó con los que le disputaban el paso, lo allanó, llegó triunfante á la pila bautismal y al varón pusiéronle por nombre Pedro. Todo se hizo con músicas y disparos de artillería.

En la noche salió máscara y hubo juegos de alcancías y de cañas, sirviéndose en medio de la plaza del Marqués un toro asado, con muchas aves, así caseras como de monte, y á la puerta del palacio del Marqués estaban dos pipas, una de vino tinto y otra de vino blanco, que en aquellos tiempos era muy gran regalo por ser carísimo el vino en la tierra; y toda la tarde y en la noche, á nadie se negó comida ni bebida.

Improvisóse un bosque frente á las mismas casas del Marqués, con muchos géneros de aves de caza, y era de verse allí á muchos indios flecheros que la corrían, y mataban conejos, liebres, venados, adives y codornices.

Parece que Alonso de Ávila repitió la cena aquella de la primera mascarada : un escritor coetáneo así lo da á entender, y refiere que fué muy cumplida y costosa, sirviéndose en trastos de la tierra, pues las alcarrazas y jarros se hicieron en Cuauhtitlán, pueblo de la encomienda del anfitrión, y por gala les mandó poner una R y arriba una corona imperial, y á la de la Marquesa,

BIBLIOTECA CENTRAL

que era la mayor de las alcarrazas, la misma corona y una R y una S, que los maliciosos descifraron inmediatamente como alusivas á la conjuración, diciendo que significaban : *Reinarás*, y á fe que no carecían de fundamento para ello, porque los cronistas convienen en que esas fiestas fueron « más de Rey que de Marqués (1) ».

(1) Muchos datos los he sacado de los procesos, otros de Torquemada, lib. V, cap. XVIII, pág. 629 y de Suárez de Peralta, cap. XXXII, págs. 204 à 206.